

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Las alas doradas de Nim-nim

Había una vez una pequeña hada llamada Nim-nim que causaba a la Reina más problemas y preocupaciones que todas las demás hadas juntas. Nim-nim nunca había ganado sus alas doradas, y llevaba mucho tiempo siendo un hada.

Para ganar sus alas doradas, todas las pequeñas hadas tenían que hacer algo que su Reina considerara digno de llevar alas doradas. Hasta entonces, las pequeñas hadas podían llevar una varita y hacer cosas mágicas, pero no podían tener alas hasta que se las ganaran.

Noche tras noche, la Reina esperaba que Nim-nim ganara sus alas, y cada noche daba la misma respuesta.

—No encuentro nada que hacer, mi Reina. Aunque miro por todas partes, parece que no hay nada para mí. Me temo que nunca llevaré alas doradas, como mis hermanas.

—Pero seguro que debe haber buenas acciones que hacer en el mundo —dijo la Reina—. Estoy segura de que podrías encontrar muchas cosas que hacer si lo intentas, Nim-nim.

—Pero, mi Reina, te aseguro que busco por todas partes, y en ningún sitio encuentro nada que valga la pena hacer —dijo Nim-nim.

—Iré contigo mañana por la noche —dijo la Reina—. Creo que sé dónde está el problema contigo, Nim-nim.

La noche siguiente, cuando las hadas salieron en su misión de buenas acciones, la Reina fue con Nim-nim, siguiéndola de cerca. Se alejaron por bosques y praderas, y al final Nim-nim se volvió hacia su Reina y le dijo:

—Ya ve, mi Reina, tenía razón; no me queda nada que hacer que valga la pena. Nunca ganaré mis alas.

—Ven conmigo —dijo la Reina, marcando el camino. Esta vez abandonaron los verdes prados, los árboles y las colinas, y fueron a la ciudad, a las callejuelas donde abundan el dolor y el sufrimiento.

Entonces la Reina le dijo a Nim-nim que mirara a su alrededor, pero Nim-nim siguió adelante; no se detuvo a hacer ninguna acción amable.

—Aquí no tengo nada que hacer —dijo Nim-nim finalmente—. No puedo ganar mis alas doradas; no hay trabajo para mí.

—Aquí, en esta pobre casa, vive un niño lisiado —dijo la Reina—. ¿No puedes encontrar aquí obras de bondad que hacer? Quítale las muletas y toca con tu carita sus piernas torcidas y enderézalas. Y aquí vive la vieja Martha, la mujer de las manzanas, que tiene reumatismo en sus huesos viejos, ¿no podrías tocar su espalda con tu varita para hacer que el dolor desaparezca? Y aquí está la pequeña florista, cuyas flores se marchitan antes de que pueda venderlas, ¿no podrías tocar las flores marchitas con tu varita mágica y hacer que emanen su perfume y den vida a sus pétalos? Nim-nim escuchó a su reina, y luego dijo:

—Pero, mi Reina, seguramente las alas doradas no se ganan trabajando en lugares tan pobres y humildes como estos. Debo hacer grandes hazañas y salvar a la hija de un rey, o hacer alguna hazaña real antes de poder ganar unas alas doradas tan hermosas como las que llevan mis hermanas.

—No creas que son actos de poca importancia —dijo la Reina—. Las alas más brillantes se ganan con los actos más humildes, como tú los llamas. Nim-nim, sólo has buscado tu trabajo en el palacio. Las alas doradas no se ganan fácilmente, como tú dices, pero si estás dispuesta a hacer el trabajo que encuentres aquí, pronto tendrás un par de alas que eclipsarán a todas las demás. Déjame ver si eres digna de llevarlas.

La Reina se marchó, dejando a Nim-nim sola con el trabajo que no quería hacer. “¿Qué gloria puede haber en ayudar a estas pobres criaturas? Pero debo tener mis alas, así que intentaré hacer lo que la Reina desea”, pensó.

Nim-nim tardó más de una noche en hacer todo el trabajo que encontró en la calle del dolor y el sufrimiento, pero pronto se sintió tan feliz haciendo el bien y viendo la felicidad que podía dar que se olvidó por completo de las alas doradas por las que había estado trabajando.



Una noche, la Reina llamó a Nim-nim.

—Has ganado las alas doradas —le dijo, tocándola con su varita; y la pequeña hondonada donde se encontraban se iluminó como con la luz del sol.

—Oh, ¿qué es lo que brilla tanto? —preguntó Nim-nim.

—Tus alas doradas, querida —dijo la Reina con una sonrisa—. Tus buenas acciones las han pulido hasta hacerlas tan brillantes como el sol.

Nim-nim dio las gracias a la Reina y se marchó volando a su trabajo con el pensamiento de que nunca dejaría que sus alas se oscurecieran por descuidar las obras de bondad que pudiera hacer, sin importar dónde las encontrara.